

DISCURSO A LA 69 ASAMBLEA GENERAL DE A.C. DE P.

Por: Abelardo Algóra
Presidente de A.C. de P.

No debemos volver la vista atrás, sino otear el futuro, nuestro futuro, y disponernos a mejorar

Queridos propagandistas y amigos:

Sean mis primeras palabras de agradecimiento a todos vosotros, presentes y ausentes, sin excepción alguna, por la confianza que depositáis en mí al ser reelegido Presidente por un nuevo período de cuatro años. Pido al Señor que nos ayude a realizar cuanto aspiramos, porque con esa ayuda y vuestra participación espero que este nuevo mandato no pase desapercibido. Mi recuerdo se extiende de forma especial a todos los propagandistas que han fallecido y se adelantaron en el encuentro con el Padre, especialmente los que desaparecieron este año, por los que elevo una plegaria.

1. Presentación de la candidatura

Cuando un grupo de Propagandistas, jóvenes y sinceros, animados de propósitos renovadores, se acercaron a pedirme que aceptara ser candidato a la Presidencia de la Asociación, me pregunté a mí mismo, en conciencia, si sería capaz de lograr la renovación asociativa que deseaban, por entusiasmo, fuerza y entrega para ello. Me lo pensé bastante, y acepté, porque tengo limpia la intención; es grande mi amor a la Asociación; por ahora tengo energías para desarrollarla y sobre todo, poseo la enorme experiencia que me dan dieciséis años en el puesto, capaz de hacer cosas nuevas de cosas viejas, desde dentro, sin aventuras y riesgos, en unos momentos en que padecemos las incertidumbres del cambio y la transición.

Pedí para ello, que fuese presentado por una mayoría importante de propagandistas activos y que los presentadores estuviesen dispuestos a la renovación, con la buena voluntad, capacidad de sacrificio y generosidad, que se necesita para ello.

Como se cumplieron estas condiciones, presentaron la candidatura. Después habéis tenido la amabilidad de creer en mí y aquí estoy queridos propagandistas, dispuesto a entregarme a la finalización de

una tarea que inicié hace años y que todavía no ha tenido un final: la de sostener y engrandecer la Asociación y llevarla por caminos renovadores, para la mejor presentación del evangelio de Cristo.

No son momentos de hacer un examen de lo hecho en estos años anteriores. No debemos volver la vista atrás, sino otear el futuro, nuestro futuro, y disponernos a mejorar. Pero algo está claro: aún reconociendo errores y defectos, los logros en el terreno del pensamiento, del lanzamiento de hombres, de cooperación en el campo de cambio social y el desarrollo de las obras, junto con la incorporación de nuevos socios, han sido mucho más importantes de lo que pueda parecer, y la siembra va dando sus frutos.

Ahora iniciamos otra etapa, que desearía que fuese tan efectiva en las aspiraciones de lograr una Asociación apta para los tiempos próximos, tan unida y coordinada, tan decidida y evangélica, que pudiéramos decir con San Pablo al final de la misma: Señor hemos terminado nuestra carrera, hicimos cuanto pudimos, fiados de tu palabra, y nos queda la alegría de haber puesto cuanto estaba de nuestra parte.

2. Propósitos

Pero entremos en materia. Es obligado, en este momento, que os exponga los propósitos que me animan. El deseo renovador está concretado en una serie de cuestiones que quisiera esbozar en esta ocasión.

Angel Herrera, en la oración fúnebre, pronunciada con ocasión del fallecimiento del P. Ayala, dijo que la Asociación era un Espíritu. Ante todo y sobre todo un Espíritu, que ha encarnado en las más variadas instituciones públicas. "Que su fin es la propaganda en el campo social y político". "Que por su naturaleza es una institución religiosa". "Que no fue un partido político, pero sí un aglutinante de partidos" y "Que estuvo presente en todos los campos de la propaganda, que acudió al campo social y fue el instrumento más eficaz y amplio de propaganda del pensamiento

pontificio". Para Martín-Sánchez, es una obra de formación y conservación de hombres con capacidad y prestigio, para una tarea apostólica.

Y así es: La Asociación es un Espíritu y su finalidad la propaganda y la formación de hombres para la vida pública. Pero desde aquellos han pasado bastantes años y sobre todo un Concilio, que ha reconocido que nos encontramos ante un mundo profano, cuya autonomía de valores hay que respetar, y para el que la Iglesia se impone la tarea de desarrollar una espiritualidad y unos medios que sean aptos, buscando nuevas formas de santidad.

Ha pasado también una revolución industrial; una radical secularización; un cambio de hábitos y costumbres; la disgregación de la familia; la libertad religiosa; la separación de Iglesia y Estado; la democracia pluralista; el Estado de las autonomías, etc. y una mala asimilación de las ideas conciliares.

Tendréis que convenir que algo importante pasó y está pasando y que, seguramente, habrá cambios en el futuro todavía más trascendentes.

Y ante ellos, esta humilde Asociación, va a necesitar ciertamente de sus viejas consignas; de la permanencia de sus fines, y de su Espíritu inmarcesible, pero ¡cuánto deberemos esforzarnos para renovarnos; por ser actuales, sin caer en modernismos; por encontrar nuevos medios que sean aptos para alcanzar los objetivos que nos piden los tiempos.

No se trata sólo de cristianizar, sino de afrontar en su totalidad un mundo nuevo e inesperado

Aquel Espíritu asociativo fue suficiente, para que un grupo de jóvenes, valerosos y decididos, irrumpieran en la vida y sintiendo el atractivo de salir a la calle a dar mítines católicos, influyeran poderosamente en la vida española. Pero ese Espíritu tiene que encarnarse en la actualidad en una sociedad distinta y hasta en una Iglesia diferente y contar con unas estructuras y unos objetivos que guarden relación con los tiempos.

La misma veterana Asociación tuvo en los primeros tiempos que salir de aquella pequeña comunidad y encararse con nuevos problemas, si quiso decir algo a los hombres de su época. Y crear Obras que suplieran faltas o carencias en el catolicismo español. Y así nació la Editorial Católica, y el CEU y el Colegio Mayor. Y cooperar con otras entidades como la Confederación Nacional Agraria, Acción Católica, la Confederación de Estudiantes Católicos y tantas otras.

La Asociación actual también está necesitada de una profunda renovación en su naturaleza, en la forma y camino de su espiritualidad, en su organización y medios, en sus relaciones con los miembros que la constituyen, si quiere ser apta para el secularizado mundo actual. En una palabra, necesita su renovación. Y estas consideraciones pretendo que sean el fondo de este discurso.

3. La Iglesia como pueblo de Dios

Siguiendo el paralelismo con la Iglesia, podríamos decir que si hubo una época, en los años veinte, después de la Primera Guerra Mundial en que la idea central era que la Iglesia es, según Mohler, esencialmente obra del Espíritu Santo, su fuerza interior, que impulsa a los creyentes a confesar la verdad y a la vida de comunión en el amor, **como principio dinámico invisible** a partir del cual cobran cuerpo las demás formas visibles, atemperado después por la Encíclica *Mystici Corporis*, que por razón de circunstancias históricas, se acoge también al aspecto visible y exterior; la Segunda Guerra Mundial da un nuevo equilibrio, en el que se agudiza y extiende la **secularización**, encontrándose los cristianos ante un nuevo movimiento de proporciones gigantes, que desafía a la fe y que es el ateísmo. (Doménico Spada. *Los laicos y su misión en el desarrollo de la teología moderna. Elementos para una teología del laicado. Boletín del Pontificio Consejo de Laicos*, 1979).

Y si el apostolado permanecía todavía como una tarea esencial de la Jerarquía, estando reservado a los laicos solamente para aquellos lugares y ambientes en que ella no podía llegar, a partir de entonces se les abren a los seculares nuevos cauces de participación.

Porque el hombre mundano se da cuenta de su autonomía y sus posibilidades. El régimen de cris-

tiandad no tiene ahora soluciones para el cambio y la Iglesia siente la necesidad de sumergirse en la vida contemporánea. No se trata sólo de cristianizar, sino **de afrontar en su totalidad un mundo nuevo e inesperado**. Es el momento del Pontificado de Juan XXIII, y del Concilio Vaticano II.

Y aparece entonces la historia de la Iglesia, como historia de un pueblo en camino. Si antes se había querido acentuar el misterio de la interioridad de la Iglesia, como Sociedad jerárquicamente organizada, ahora se acentúa la consideración de la realidad visible de la Iglesia, que sigue siendo "una comunidad de personas injertadas en Cristo y animadas por su Espíritu", pero que aparece cada vez más como la realidad histórica de un pueblo en camino, que sigue los pasos de la comunidad entera. Es la definitiva adquisición de la Iglesia como pueblo de Dios.

Y aquí surge la importancia del laico, que pasa de ser "objeto" del cuidado de los Pastores a "participante" de su misión apostólica, hasta llegar a ser "sujeto" de pleno derecho de la comunidad eclesial misma.

Y si en la primera fase, los laicos fueron vistos como prolongación de la acción apostólica de la Jerarquía, en relación al Mundo, luego se ha comprendido que la inserción en el Mundo es parte inte-

grante del laico y que lo secular le pertenece a título vocacional. Por lo que, como afirma Spada, admitidos plenamente en la Iglesia, han hecho su ingreso llevando tras de sí el atributo esencial de lo secular.

No pretendo seguir insistiendo sobre la naturaleza del laico en la Iglesia. Me basta con lo dicho para que nos demos cuenta que paralelamente a la Iglesia la historia de la Asociación ha pasado de ser una defensora de sus derechos y una prolongación del brazo apostólico de la Jerarquía, a constituir una Comunidad de seglares, fieles y unidos a la Jerarquía, pero con misiones propias y vocacionales, como parte de esa Iglesia, de ese pueblo de Dios.

Tenemos que poner todo el esfuerzo, el coraje, la tenacidad y las inmensas posibilidades que nos da ser ciudadanos del Mundo, para edificar el Reino de Dios

Grave responsabilidad la que nos corresponde, porque tenemos que poner todo el esfuerzo, el coraje, la tenacidad y las inmensas posibilidades que nos da ser ciudadanos del Mundo, para edificar el Reino de Dios. No haremos más que seguir con ello aquella puntualización del Concilio de que el progreso, en el sentido más completo de la promoción humana, es un valor por el cual el cristiano tiene y debe comprometerse.

4. Necesidad de una renovación asociativa

Ante esta nueva concepción de la Iglesia, la pregunta que debemos hacernos es si la Asociación, esta Asociación, es un grupo vocacionalmente unido y suficientemente preparado, y si dispone de la estructura y los medios adecuados al esfuerzo que se le exige, o si precisa de una profunda renovación de adaptación a nuestros compromisos como pueblo de Dios.

Y no seré yo quien diga que los objetivos y fines de la Asociación están cumplidos y, por tanto, ha terminado su razón de ser. Entre otras razones, porque supo adelantarse muchos años a la nueva concepción del laicado, al menos en lo que supone de mediación en el mundo, de inspiración para sus problemas y cuestiones. Ella fue una novedad, en el campo del catolicismo, hasta el punto de que pudo decirse que no tenía otra pareja y que era muy difícil de explicar.

Decía Martín-Sánchez, ante la afirmación de personas que la creían terminada, "Yo mantengo otra dimensión distinta. Creo que, quizá, el prototipo del propagandista católico todavía no lo hemos producido, o si queréis no lo hemos producido todavía en cantidad suficiente, y que es ahora cuando la Asociación debe pensar en sus modificaciones internas, para que llegue a producirlo en la cuantía suficiente para que llene su misión de minoría social directiva en la sociedad española". (Loyola. 1947).

No cabe duda de que Fernando algo presentía, porque intuía los profundos cambios que se estaban produciendo, y observaba que la Asociación necesitaba de reformas internas capaces de producir ese tipo de hombre que el Mundo reclamaba y la Iglesia pide en los actuales momentos.

Bien es verdad, que el propagandista nunca fue un simple discípulo o servidor del sacerdote, sino un seglar instalado en el mundo al que debía cambiar, y que por ello desde esta actitud a las actuales corrientes sobre el laicado, que miran a profundizar la participación de los laicos en toda su diversidad, en la misión única pero multiforme, sólo hay que dar

unos pasos, aunque pasos, teológicamente y prácticamente importantes.

Y a esto quiero referirme cuando hablo de renovación y renovación profunda. Una vez que el laico ha sido reconocido como integrante del pueblo de Dios y participe de la función sacerdotal, real y profética, y que la Iglesia, en cuanto tal, está investida de una misión en el Mundo, caminando al lado de los hombres, no cabe duda de que surgirán distintos modos y maneras de entender ese servicio del laico y se discutirán los ministerios del seglar en ella; pero, en todo caso, ha llegado el momento de encarnar aquel Espíritu de la Asociación en la nueva concepción laical, si queremos estar con las orientaciones actuales.

Porque yo os preguntaría, ¿creéis que estamos organizados para ello? ¿Contamos con una espiritualidad, una preparación, unas estructuras, unas exigencias y medios e incluso una naturaleza jurídica que nos permita ser parte integrante de la misma Iglesia, en su función secular? ¿En verdad, no pensáis que la Asociación nos exige un compromiso más serio y radical? ¿No creéis que son la obligación u obligaciones actuales, distendidas, leves, tan incumplidas por muchos? ¿No es preciso un cambio profundo?

Cuando el Padre Angel Ayala lanzó a sus jóvenes propagandistas y Angel Herrera diseñó la Asociación, lo hicieron con un grupo homogéneo, que se prolongó en los años, pero cuya estructura ha demostrado ser insuficiente al surgir nuevas generaciones, al desaparecer veteranos propagandistas, al producirse el cambio y al pedir la Sociedad nuevos valores.

Hoy el laico, al ser admitido plenamente en la Iglesia, ha hecho su ingreso, como dice Spada, llevando tras de sí el elemento esencial de lo secular, y su inserción en el Mundo, no es su nota distintiva y peculiar, **sino una condición histórico-salvífica de la propia Iglesia**, y de aquí el papel, que en ese lugar que asume la Iglesia, tiene el seglar, cuando el carácter de salvación del mundo es propio de ella.

Por ello, el papel del propagandista será el de cristificar el Mundo y llevarle la Palabra y dar un

testimonio, mediante su presencia ejemplar y su acción personal y colectiva, que cobra toda su fuerza “cuando hay verdaderamente un Mundo y que es verdaderamente un Mundo” en palabras de Rosemarie Goldie.

Hacernos el hombre nuevo del Evangelio, sacando cosas nuevas de cosas viejas es nuestra tarea. Y por ello, no tanto hacer una nueva Asociación, como renovar la Asociación, con la renovación de sus hombres. No se pretende cambiar la Asociación, pero sí dotarla de unos hombres que por su compromiso, preparación, dedicación y testimonio, sean prototipo del propagandista y capaces de presentar una nueva imagen asociativa. Porque la Asociación no hace las cosas, sino que son sus hombres las que las hacen. Y la Asociación será lo que sean sus miembros. Y más robusto será el tronco si tiene que sostener espléndidas ramas.

5. VIAS DE RENOVACION. LA ESPIRITUALIDAD

Y estamos entrando en los puntos cruciales de esta larga perorata. Porque si vamos a renovarnos hay que reflexionar sobre las vías que nos conduzcan a ello.

Primeramente, en lo que hemos venido llamando espiritualidad asociativa.

Ya sabemos, que hay una espiritualidad común a la vida cristiana que nos facilita la Iglesia, pero que el seglar la debe de vivir de una forma específica, dadas las condiciones en que tiene que desarrollarla. Ya el Concilio Vaticano II, (parágrafos 40 y 41 de la Lumen Gentium) señaló la vocación del seglar a la santidad al afirmar “que Jesucristo definió la vocación del seglar a la santidad, y que todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad”.

Dios concede dones o carismas, para señaladas misiones, y cuando tales dones son recibidos por los laicos, que hacen de ellos la inspiración de su vida en medio del mundo, se puede hablar de una espiritualidad del laico

Ahora bien, desde esa vocación ¿qué nos caracteriza a los laicos? Porque del Evangelio se pueden sacar numerosas vías de espiritualidad para alcanzar la santidad. Dios concede dones o carismas, en determinadas épocas, para señaladas misiones, y cuando tales dones son recibidos por los laicos, que hacen de ellos la inspiración de su vida en medio del mundo, se puede hablar de una espiritualidad del laico. (C. Lubich).

Dice Brao Rigdon que la vida espiritual de los laicos es, o debe llegar a ser, la experiencia permanente de personas que penetradas por el Espíritu —y a través de esta experiencia— realizan el trabajo de este mismo Espíritu, en su propio ambiente. Y dado que el papel del laico es restaurar el Mundo, según los designios de Dios, esta vida espiritual debe radicarse en **una experiencia vivida, y exige una**

acción personal concreta, que incluya lectura, reflexión y contemplación para asegurarse un fundamento en las enseñanzas y tradición de la Iglesia y su asimilación, y debe traducirse en un **Ministerio** activo, precisamente en las actividades del Mundo, que es el campo del laico.

Y para ello, hay que vivir la fe plenamente, consagrándole toda nuestra vida, haciendo circular el Espíritu de Jesucristo en todos los pensamientos, palabras, acciones y afectos, animando todo nuestro ser, penetrándolo y transformándolo (Díaz Rincón).

Si todo ello lo aplicamos a nuestra actual situación de vida espiritual del propagandista, me produce una gran tristeza tener que decir que andamos lejos de conseguirlo, a nivel asociativo. Ya sé que existen graves dificultades para hacer realidad el contenido de esta vida espiritual. El poco tiempo disponible para dedicarlo a nuestro perfeccionamiento espiritual; el dinamismo de la vida actual; la tiranía del silencio impuesto por los ambientes cultos, en los que la religión es un asunto del que no se habla (Brad Rigdon); las presiones que nos empujan a ser independientes, autosuficientes; el consumismo (buenos colegios, vestidos, casa, coches, etc.); nuestros egoísmos. Presiones que pueden llegar a debilitar nuestras conciencias, a hacernos sentirnos satisfechos de no ser como el resto de la gente (idem), y que son causas y obstáculos graves y difíciles de superar para nuestra vocación.

Pero se impone la superación. El Espíritu actúa a través nuestro y nos ha dado unos dones y carismas, especialmente el de nuestra vocación por la vida pública a la que nos sentimos inclinados, que tenemos que potenciar y aplicar. Se impone, pues, un reforzamiento de nuestra vida espiritual, mediante la conciencia de que somos Iglesia y de que tenemos que hacer cosas concretas en la vida. Hay que restablecer la Jerarquía de valores, concediendo primacía a

nuestra condición de apóstoles, relegando el hedonismo, la superficialidad y el materialismo ajenos a nuestro sentido religioso. La tarea renovadora va a estar ahí precisamente, potenciando, e introduciendo en nuestra vida el Espíritu del Señor, para que le impregne, la conduzca y la oriente. Y a ello dedicaremos nuestros afanes.

En primer lugar, dando un testimonio del Grupo renovador de que están decididos a renovarse y fomentando después en los demás el mismo deseo renovador. Organizando, por otra parte, la asistencia religiosa de los sacerdotes, nuestros Consiliarios, creando el Grupo sacerdotal debidamente atendido, que nos oriente y ayude en nuestra labor apostólica. Incrementando y exigiendo para ostentar la condición de socio pleno de la Asociación, la participación en la vida religiosa asociativa sin perjuicio de su

ascética personal. Oración, Eucaristía, Actos litúrgicos, Ejercicios espirituales y un testimonio de vida familiar, profesional y social, son manifestaciones de vida que forman parte de la espiritualidad del propagandista.

Junto a ello, hay que establecer unas exigencias mínimas formativas, tanto para el ingreso en la Asociación como para permanecer en ella. Lecturas evangélicas, reflexiones y estudio de la doctrina de la Iglesia, del pensamiento pontificio y de nuestros pastores y de las corrientes teológicas son premisas

de que aumente el número de miembros de la Asociación, sino de incorporar o mantener al hombre creyente que busca en la Asociación una forma de apostolado. A nadie se obliga, pero el que se incorpora acepta un género de vida y debe comprometerse a cumplirlo. Y siempre ha sido más eficiente el apostolado de unos pocos entregados, que el de muchos dispersos y alejados.

Como miembro del mismo Espíritu asociativo, tenemos que observarlo en nuestros afanes, sintiéndonos hermanos en el quehacer, semejantes en la

Hay que establecer unas exigencias mínimas formativas, tanto para el ingreso en la Asociación como para permanecer en ella

necesarias sin las cuales difícilmente podemos desarrollar nuestro apostolado.

Concreción finalmente de nuestra misión de laicos en el Mundo, utilizando los dones de la propaganda, la oratoria, la difusión de la palabra, la crítica de los hechos sociales y políticos, el fermento de las buenas ideas y los criterios éticos de la vida político social, la participación en quehaceres y actitudes, propias y ajenas y en una palabra, la acción apostólica que nos corresponde en el Mundo.

Nuestro slogan podría ser el de "**Animadores de la vida pública**", porque ésta debe de ser nuestra característica cristianamente vivida. Ayudar a que se restaure la sociedad, que se encuentra convulsa y confusa con las grandes transformaciones, los adelantos de la técnica y el empobrecimiento de los valores espirituales, llevándole nuestro aliento, respeto y amor. Ser mensajeros de las ideas evangélicas y presentar al Cristo en el que creemos y vivimos.

Ya sé que el esfuerzo que nos pedimos es importante; hay que desprenderse de todo aquello que nos impide la libre disponibilidad. Pedir un esfuerzo es siempre difícil, pero todos los deseos serán vanos si no partimos de este deseo de superación. Hay que renunciar a muchas cosas si queremos consagrarnos como apóstoles del Señor. Desprendernos de egoísmos y ambiciones, para llegar a los demás con el alma noble y limpia, respetar lo que de bueno y elogiado hay en las ideas y actitudes de otros hombres; asimilando lo valioso de otras tendencias y ofrecer criterios y posturas que permitan que Cristo se encuentre en las realidades temporales es tarea difícil, pero realizable, si partiendo de nuestra entrega en la fe, utilizamos el diálogo, el respeto y damos aquello que supera todas las dificultades que es la caridad.

Dispongámonos pues, a fijar el modelo de conducta y testimonio que vamos a exigirnos; las formas y modos de conseguirlo y las medidas necesarias para la reconversión fraterna a quienes no se ajusten al mismo. Sin caer en elitismos y exclusivismos, para integrarse en la Asociación o permanecer en ella, debe aspirarse a lograr ese modelo o estilo del propagandista hecho de fe, de creencia y de amor al Mundo, que venimos repitiendo. Porque no se trata

participación y solidarios en las creencias y actitudes. Que ese modelo del propagandista se distinga por lo que siempre han sido sus valores tradicionales: piedad, criterios superiores, disciplina, amor al estudio, audacia cristiana y sano optimismo, y una entrega desinteresada al amor de Dios y al servicio de los demás.

Y todo ello, sin caer en el sectarismo. No somos una secta, sino un grupo de humildes católicos con afanes y esperanzas. Como decía Martín-Sánchez, ni tenemos listas concretas, ni sus miembros son manipulados, colocados, encumbrados, ni sometidos a una férrea disciplina. Somos lo que somos, débiles y libres, pero a todos va a exigirse que sean prototipo del propagandista. La Asociación, repito, es un Espíritu que trata de infundirlo en sus socios, por los sacramentos y la oración, que los alienta y orienta en su vocación seglar para la vida pública, que los forma, y les pide una entrega de servicio a la comunidad.

Mas, para alcanzar todo esto, conviene que hagamos una reflexión sobre su naturaleza, su organización y sus medios.

6. Naturaleza de la Asociación

Siempre hemos dicho que es una institución religiosa. Lo dice Herrera, lo afirma Martín-Sánchez. Pero, ¿qué configuración jurídica es la suya, o debe de ser la suya?

En este punto no ofrezco soluciones, sino que planteo el problema.

El arzobispo de Avignon Monseñor Bouchex se preguntaba en un interesante artículo, ¿cuál es el estatuto eclesiológico de las Asociaciones, cuál es la vinculación con la Iglesia en cuanto Institución visible y jerárquica? ¿En qué medida conservan su autonomía y en qué medida la comprometen las Asociaciones y Movimientos de laicos, agrupados para vivir mejor su fe y anunciar mejor el Evangelio? Y se plantea estas tres distinciones necesarias:

—Depende del carácter eclesial que los Movimientos han querido tener en el momento de su fundación.

de nada sirven las organizaciones si no están al servicio del hombre nuevo capaz de utilizarlas. La organización es siempre un medio y nunca un fin en sí mismo

- Y del reconocimiento que les concede la Autoridad Jerárquica.
- Finalmente de la consonancia, más o menos grande, existente entre el objetivo a que se apuntan los movimientos y lo que constituye la misión propia de la Iglesia.
Y para ello, ofrece estos criterios de discernimiento.
- Ninguna Asociación puede decirse, ni ser considerada integral y exclusivamente Iglesia, porque ésta, en el sentido pleno de la palabra, supera todo movimiento y no puede ser identificado con ninguno.
- Los Movimientos que no se presentan oficialmente como movimientos cristianos y eclesiales, no son propiamente hablando Asociaciones eclesiales. Tienen algo que ver con la Misión de la Iglesia, en lo que se refiere a la construcción de la comunidad humana y a la evangelización, pero tal participación es exactamente la misma que la de sus miembros presentes en el mundo, en cuanto creyentes y apóstoles.
- Y en cuanto a los que quieren obtener ese reconocimiento oficial, hay que distinguirlos por el grado de reconocimiento, y entre un afecto u otro de la vida de la Asociación. Pero deben de vivir en comunión con la Iglesia local y universal; permanecer abiertos y unidos a las demás Asociaciones y adhesión total a la doctrina y a las orientaciones éticas de la Iglesia, debiendo adoptar las exigencias sociales de todo apostolado cristiano.

Sirvan estos criterios, para que en línea renovadora, puedan ayudarnos a resolver la cuestión de la naturaleza de la Asociación. Porque votada una nueva Constitución, establecido el Registro de Entidades religiosas, como consecuencia de la Ley de libertad religiosa y facilitada la creación de Asociaciones civiles, debemos de salir de la postura híbrida en que nos encontramos, como una forma de Acción Católica, para tomar aquella naturaleza que nos permita ser consecuentes con nuestra identidad. Tengo noticias de que por la Jerarquía se está examinando también la cuestión. Y sirva, por supuesto, para testimoniar la inquietud y el deseo de que cuanto antes, en una Asamblea extraordinaria, después de haber sido examinada por todos los Centros podamos llegar a una buena solución. ¿La Asociación Institución eclesial? ¿O tal vez civil, aunque con fines religiosos? ¿O quizá, como me aventuraba un predecesor en el cargo de Presidente, una Fundación para el desarrollo de una finalidad religiosa? Dejo en el aire la contestación, que tenemos que darla entre todos.

Ahora me apremia otra cuestión en esta línea que vamos a iniciar, la de su organización.

7. Organización.

Hay que reconocer que sin pretender una Asociación, jerarquizada y ordenancista, la organización actual no es suficiente para que el propagandista viva y perfeccione su fe, cultive su formación religiosa, desarrolle el estudio, profundice sus ideas y criterios, propague los mismos y cree aquellas obras que estime necesarias. Los tiempos han cambiado, las orientaciones eclesiales varían, el dinamismo de la vida se impone y hay que encontrar los modos, formas y maneras de ser mejores propagandistas para mejor desempeñar nuestra misión.

Quisiera, sin embargo, salir al paso de quienes todo lo fían a la organización, a la estructura, olvidando la llamada a la fe, al seguimiento, al amor en una palabra. Y que de nada sirven las organizaciones si no están al servicio del hombre nuevo capaz de utilizarlas. La organización es siempre un medio y nunca un fin en sí mismo. Pero es conveniente y aún necesaria. Y en nuestra vida asociativa hay muchas cuestiones planteadas que todos vivimos o hemos vivido y hay que darles solución, en esta vía renovadora. Si me apuráis os diría que deberemos seguir siendo adelantados, como lo fuimos en sus primeros tiempos, para dar con un modelo de Asociación que sea eficiente a la Sociedad actual y a los hombres que la forman.

Habrà que tener presente para ello, el sentido comunitario que inspira actualmente y busca su vía en la Iglesia-comunión postconciliar. Esta forma de vivir la fe más solidaria y fraterna va a inspirar la organización en grupos, para los Centros numerosos, coordinados todos ellos por el secretario del Centro. De momento serán comunes los actos de vida religiosa, para la que se dedicará un tiempo especial, y serán distintas las reuniones de los grupos, con el fin de que haya una puesta en común y una toma de decisiones en cuanto a la acción personal y colectiva. De este modo, los grupos gozarán de autonomía, dentro de los quehaceres concretos que se les asignen, pero existirá una acción común del Centro, Los Centros de cada Región, país o nacionalidad constituirán las Asambleas respectivas y todos los Centros de España, reunidos en Asamblea general constituyen la Asociación.

Sin embargo, debo admitir que lograr esta unidad en la pluralidad puede plantear problemas, tanto respecto de los grupos con su Centro, como de los Centros entre sí y de estos con la Asociación. Pero esto es cuestión de tiempo y de experiencias que superarán las cuestiones que puedan plantearse.

Habremos ganado, mientras tanto en cohesión, fraternidad, conocimiento y efectividad. Por lo pronto, el Grupo renovado será el grupo piloto de una experiencia en la que confío para alcanzar una vida de oración, preparación, estudio de las materias y acción personal y colectiva, dentro de las exigencias que la renovación inspira y de las que hablaba anteriormente.

Esta organización, deberá por otra parte, facilitar una asistencia más directa entre los socios y de los sacerdotes para con los propagandistas, a cuyo fin y como ya indiqué con anterioridad, el Grupo sacerdotal, compuesto inicialmente por los Consiliarios que van a ser atendidos en sus necesidades por la Asociación, debe de estudiar en profundidad la forma de hacer posible que el propagandista se sienta ayudado en su vocación de laico a la santidad.

Esta organización, no estaría completa por otra parte, sin la ayuda que los Centros de documentación existentes y el Grupo de pensamiento en creación, van a prestarles y sin que toda la problemática generacional, de incorporación de nuevos miembros juveniles, fomento y ayuda a su formación y orientación a su vocación para la vida pública, sea resuelta de forma completa y eficiente.

Para ello, orientaremos las misiones que tanto la Fundación San Pablo como las Obras de enseñanza propia tienen confiadas para que puedan ser un vivero, con respeto siempre a la libertad del hombre, para las tareas formativas que con un sentido cristiano de vida las inspira.

Cuidaremos también la proyección exterior, la selección de materias, las actitudes, criterios y posturas en la sociedad y fomentaremos la propaganda y difusión de las ideas nacidas del evangelio y la doctrina de la Iglesia, de forma que no resulten hechos aislados, sino tarea conjunta y continuada, como animadores de la transformación social.

Grande pero necesaria tarea, que trae a colación una cuestión final, sobre la que debemos prestar toda nuestra atención.

8. La Asociación y su proyección.

Que la Asociación debe proyectarse es algo admitido por todos. Aun partiendo de la concepción de la Asociación como un Espíritu que forma hombres que luego actúan, con su responsabilidad en la vida pública, sean instituciones sociales, políticas o religiosas, no cabe duda que ese Espíritu se encarnó también en manifestaciones y acciones asociativas.

Esto, suscita algunas cuestiones que podrían resumirse en estas tres:

- La Asociación y los hombres salidos a una acción pública.
- La postura de los socios dentro de la Asociación.
- La proyección asociativa.

A) En cuanto a la primera, es sabido que el propagandista es totalmente libre e independiente en sus tomas personales de postura y en su dedicación a la vida social y política. Y la Asociación puede gloriarse de que siempre fue así. Pero la homogeneidad de su pensamiento puede quedar rota, con posturas que rozan los límites del mismo, o pueden existir dificultades para alcanzarlo, por falta de una asistencia regular y comprometida. O dicho con otras palabras, si el propagandista que sale a realizar actividades de vida pública, rompe de hecho con la Asociación, para ésta surgen los dos graves problemas de falta de participación en la elaboración de su pensamiento y ruptura de su homogeneidad para la toma de posturas.

Bien es verdad, que siendo tarea asociativa difundir la fe y la moral evangélica, queda a sus hombres la participación personal y activa en los quehaceres públicos, por lo que la misión de aquella se dirige con preferencia a la motivación del agente para la Tarea, en vez de la Tarea misma, que queda a la acción personal propia de los hombres, según claramente expuso nuestro Consiliario Nacional, en la última Semana de Teología celebrada en el Colegio Mayor S. Pablo. Pero si esto pudiéramos admitirlo para aquellos que toman acciones políticas concretas, resulta más difícil para aquellos otros que las toman de carácter institucional o religioso. Y en todo caso, se producen tensiones entre las actitudes asociativas y las acciones concretas de sus hombres, por falta de participación en la elaboración o por ausencia en la vida asociativa.

Aún si concebimos a la Asociación, como una simple impulsora de hombres, como una Escuela de Formación desde la que el socio se catapultaba para su misión como cristiano en la vida pública, no cabe duda, de que ni aun así está clara, tanto respecto a los límites del pensamiento como al alcance de su participación. El tiempo ha venido a demostrar que si se mantiene aquella idea en toda su pureza, el hombre salido de sus filas a una misión personal concreta, raramente sigue manteniendo lazos sólidos con la Asociación, produciéndose de hecho una ruptura que imposibilita una tarea de creación de ideas y pensamiento y una labor formadora de los nuevos incorporados.

Como cohonstar el respeto a la libertad del hombre en su toma de posturas y decisiones, con su pertenencia activa a la Asociación, con la que tiene vínculos obligacionales es una cuestión a la que debemos dar pronto una solución válida. Porque el hombre y sus acciones repercuten en la imagen de la Asociación, que la mayoría de las veces, por no decir todas, es ajena a las mismas.

Pienso, que solamente reforzando los lazos asociativos, e intensificando su espíritu con exigencia, va a encontrar solución. Las nuevas generaciones necesitan la presencia de todos los asociados y los dedicados a la vida pública, igualmente necesitan de la fe y el espíritu religioso que les imprime la Asociación y de las ideas y novedades que les traen las jóvenes generaciones. Lo contrario es una desca-

pitalización de valores, de impulsos, y de hombres, de los que tan necesitada está la vida asociativa.

Pero además la Asociación toma sus propias posturas y actitudes ante las realidades temporales que deben conjugarse con las de sus socios, al menos en la medida en que son proyección de una misma fe y de la misma forma de entender la vida. Y es difícil la conjugación cuando falta integración y exigencia.

No se trata, pues, con este planteamiento de anular el respeto y la libertad de los socios, sino de reforzar la raíz común, conjugando las actitudes asociativas con la gestión individualizada de los mismos. Sólo viviendo la fe en unidad, participando en la vida común, siendo coautores en el sentir, pensar y querer puede resolverse la posible antinomia, entre pertenecer a la Asociación y ser hombres libres y responsables.

B) Pero esta participación colectiva, plantea el segundo de los problemas todavía pendiente de una clara solución: el de la integración de los hombres dentro de la Asociación.

Es claro que una Asociación se compone de sus socios y que tiene que ser respetuosa con las opiniones de todos ellos.

Pero la Asociación es un Espíritu para unos fines apostólicos que cumplir y su eficiencia radica en la homogeneidad del pensamiento de sus miembros. Si esta homogeneidad se rompe con la aparición de posturas antagónicas, se produce una crisis que trae como consecuencia la ineficacia.

Resolver esta crisis con la postura cómoda de que abandonen los que se muestren disconformes, es una solución que yo, al menos, no comparto. Y ejemplos tenemos en nuestra Asociación de que sus crisis se han resuelto, por lo general, de este modo. Encontrar unas fórmulas adecuadas debe ser uno de los quehaceres más apremiantes.

Porque no podemos ocultar que en estos momentos existe una clara diferenciación entre los que siguen posturas regresivas y los que se mantienen en otras señaladamente progresivas. Problema que, por otra parte, es problema común a muchas organizaciones eclesiales, como consecuencia de una situación de cambio.

Ya sé que no es nueva la cuestión y en la Epístola de San Pablo, pueden leerse las amonestaciones que formula a aquella primitiva Iglesia: "Os ruego hermanos, que no haya entre vosotros cisma, antes seáis concordes en el mismo pensar y en el mismo sentir. (Ep. a Corintios 1. 10). Pero nosotros debemos resolverla con las palabras de Pablo, animados con el amor y el espíritu de mansedumbre: "¿Qué preferís? ¿Que vaya a vosotros con la vara o que vaya con amor y espíritu de mansedumbre? (Ep. a Corintios 4. 21).

Cuestiones éstas de las relaciones de socios entre sí, y de estos con la Asociación, que merecen una especial atención en esta época renovadora, fiados en la gracia de Dios, para llegar a una concepción clara de lo que somos y lo que queremos ser, de lo que hicimos y queremos hacer y de lo que se nos pide y podemos dar.

C) Porque todo ello, tendrá una solución en la **unidad para la proyección asociativa, que respetando la pluralidad, se oriente a una acción común nacida de la misma fe y la misma vocación apostólica.**

La Asociación necesita despertarse y nacer a una proyección en la vida pública. Si somos propagandistas, nuestra vocación es propagar y la sociedad española está más necesitada que nunca de que se le dé claridad en los planteamientos, seriedad en los criterios y posibilidad de elección.

Pero ninguna proyección será posible si no resolvemos antes las dos cuestiones que he expuesto anteriormente: la relación entre las actitudes de los hombres vocacionados a la vida pública y la Asociación, por un lado, y la unidad en la pluralidad de los propagandistas, por otro. Actualmente nos sentimos atados por esa falta de concordancia y, sobre todo estamos imposibilitados de aparecer con actitudes firmes y sólidas si detrás no existe unidad, coherencia y afanes comunes.

De alguna forma resolveremos esta cuestión. Porque a la inversa, estamos convencidos de que el planteamiento de una acción eficaz proyectada al exterior genera unión. Y son muchas las cuestiones religiosas y temporales que nos acucian en estos días y que precisan contestación, ante las cuales debemos pronunciarnos. Yo no sé si acertaremos, tampoco conozco si serán bien aceptadas, dentro y fuera de la Asociación, pero la renovación profunda a la que aspiramos tiene que alcanzar ese objetivo de la difusión y encarnación de los valores evangélicos en el campo social y político, como tema obligado de sus objetivos, para lo que debe de ir acompañada de un gran esfuerzo ascético, es decir "de la tensión moral y vigilante y perseverante para conseguir el dominio sobre nosotros mismos", como afirmó Pablo VI.

9. Final

He tratado de presentar un programa y de ofrecer una dedicación. Yo sé que ni uno ni otra son posibles sin la ayuda de Dios y la entrega vuestra. A Dios me confío, conociendo mi pequeñez. Podría remedar a San Pablo, cuando se dirigió a los Corintios: Me presento a vosotros en debilidad, temor y mucho temblor; mi palabra y mi predicación no son persuasivos ni discursos de sabiduría, sino manifestación del Espíritu del Señor y de su poder, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios".

Y fío también en vuestro amor a la Asociación y vuestra caridad conmigo. Una caridad longánime, benigna, que no busca lo suyo, no se irrita, no piensa mal, no se alegra de la injusticia y se complace en la verdad, que todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera, en boca de nuestro Patrón.

De esta forma, trabajando unidos, callada y serenamente, como nuevos bautizados en el Jordán de nuestro tiempo, alcanzaremos nuestra propia renovación y allanaremos los caminos de una Sociedad que necesita de ilusiones, metas y esperanzas.

Septiembre 1981